

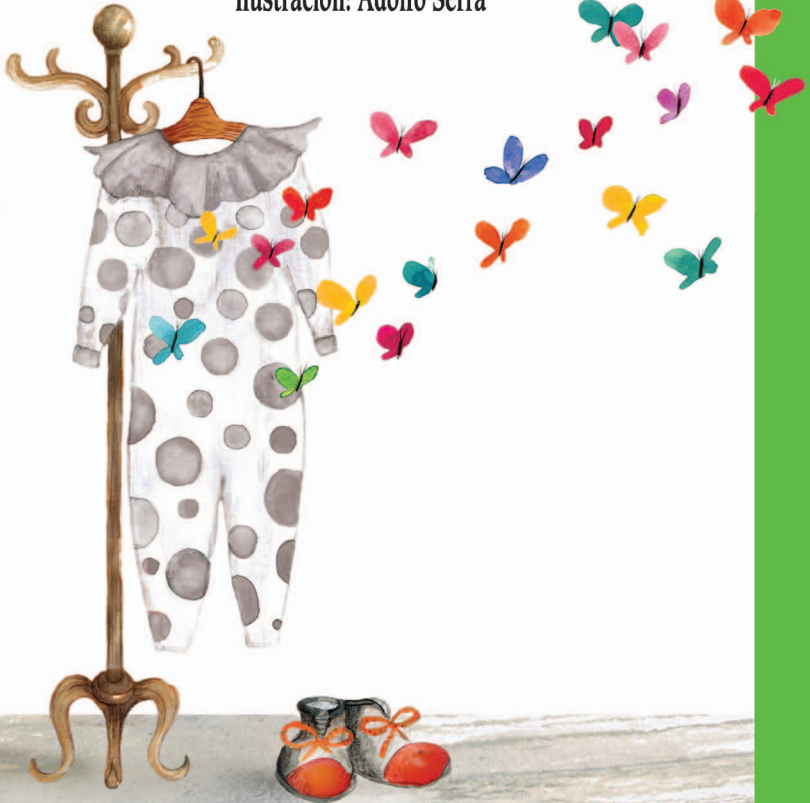


E L D U E N D E V E R D E

# LA ÚLTIMA FUNCIÓN

Mónica Rodríguez

Ilustración: Adolfo Serra



ANAYA

*Esta obra obtuvo en 2011 el Primer Premio  
del XXX Concurso de Narrativa Infantil «Vila d'Ibi».*



Ajuntament d'Ibi

© Del texto: Mónica Rodríguez, 2012  
© De las ilustraciones: Adolfo Serra, 2012  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2012  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, abril 2012

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-678-2916-7  
Depósito legal: M-8111-2012

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*



EL DUENDE VERDE

Mónica Rodríguez

# LA ÚLTIMA FUNCIÓN

PRIMER PREMIO DEL  
XXX CONCURSO DE NARRATIVA INFANTIL  
«VILA D'IBI» 2011

Ilustración: Adolfo Serra

# Q U E R I D O L E C T O R

Para leer esta historia, te aconsejo que te pongas una nariz de payaso. Si no tienes una a mano, cierra los ojos e imagínatela. O simplemente piensa en aquel día en que te pusiste una y se te escapó una sonrisa, o en aquel otro en que hiciste payasadas y a tus amigos les acabó doliendo la barriga de tanta risa.

Y si nunca has hecho payasadas, es hora de que empieces.

Dice un proverbio japonés que el tiempo que pasa uno riendo es tiempo que pasa con los dioses.

Y es que la risa nos hace sentir ligeros, de eso no cabe duda.

Sin embargo, mira tú que este cuento no es de risa. Es triste. Al menos, al principio. Luego pasan cosas y, entre esto y lo otro, se llega al final,

que es lo que suele ocurrir en los cuentos. Pero este final, yo creo, es muy emocionante. O eso espero, que te emocione.

Y que, entonces, vuelva la risa (¡cuidado con los techos!).

Lo que de verdad he querido hacer con este libro es un homenaje a todos esos seres fabulosos que nos dan de reír y hacen que subamos tan alto que acabemos merendando con los dioses.

Los payasos, sí.

No hay oficio más bonito. Tiene narices la cosa.

Por ellos. Y también por ti va este cuento.

Espero que te guste.

A handwritten signature in black ink, consisting of a large, stylized initial 'A' followed by a cursive name.



# 1

---

## SALVADOR

**T**ODO empezó con aquel cartel colgado de la farola. El viento lo movía. Salvador lo vio y se detuvo. Decía: «Gran Circo Riquelme». Su madre le apretó la mano y tiró de él.

Sonaba el viento.

Cerró los ojos y dejó que su madre le llevara. El aire le daba en el rostro y le pareció que volaba.

Aún tenía en los párpados los colores del cartel. Y también la mujer del trapecio allí dibujada, volando como él.

Llegaron a casa y aterrizó.

Teresa, su madre, se colocó el pelo detrás de las orejas y le dio un azote cariñoso.

—Anda, ve a prepararlo todo.

Salvador pensó en pedírselo. Miró a su madre que ya se alejaba, delgada y escurridiza, como soplada por aquel viento, y desistió. Por mucho que se lo rogara no le llevaría. Su madre odiaba el cir-

co. No iría por nada del mundo. Se lo había dicho muchas veces. Así que en lugar de circo tendría que ir a pescar como tantas otras tardes.

A Salvador no le gustaba pescar.

Bajó la cabeza y se fue a su cuarto a prepararlo todo. Se imaginó a sí mismo cargando con el mundo a las espaldas y arrastró un poco los pies.

En el cuarto, se miró en el espejo. Tenía tal aspecto apesadumbrado que se sonrió. Vio la pelotita roja sobre la mesa y se la colocó en la nariz. Curvó mucho los labios hacia abajo.

¡Menudo payaso triste estaba hecho!

Y volvió a reírse.



## 2

---

# HUMBERTO

**HUMBERTO** se pintó la cara de blanco y eligió una nariz. Tenía muchas. No todas rojas. También había una verde, una negra y tres azules. Pero al fin, escogió una roja y se miró al espejo. Sonrió. Su sonrisa le pareció triste y se entristeció más. Miró por la ventanilla de su caravana y vio un papel volar con el viento. También el mar.

Habían puesto su caravana en la playa.

Él lo había exigido así.

Al fin y al cabo, allí, en aquel pueblo, iba a hacer su última función y tenía derechos adquiridos.

Decidió salir a dar un paseo. Cogió el bastón, porque ya no estaba tan ágil como antes, y bajó los escalones de la caravana.

Ah, el mar... Y aquel viento que lo revolvía todo.

Paseó por la orilla con el bastón y la nariz de payaso. Se estaba poniendo nostálgico. Sería la edad, pero también aquella playa, aquel pueblo, el suyo.

Al fin, se detuvo frente al mar y miró su horizonte.

—Por allí —dijo a un amigo imaginario—, por allí, sí, en aquel barco.

Y levantó su bastón señalando el mar. En aquel barco él se había ido hacía mucho tiempo, con solo diecisiete años y la ilusión de ser payaso. Aquel barco que ya solo existía en su recuerdo.

Nunca había regresado hasta ahora. ¡Cincuenta y un años después! Ya no conocía a nadie, ni siquiera reconocía el pueblo.

¡Cuántas cosas habían quedado atrás!

Se dio la vuelta y descubrió unos ojos mirándolo. Era una niña. Estaba de cuclillas en mitad de la playa.

Humberto dio unos pasos. Hizo que tropezaba y riñó a sus zapatos. La niña sonrió. Él le hizo una señal para que se acercara y cuando estuvo a su lado, le puso la nariz de payaso.

—Anda, Karina, ve a jugar —le dijo, apoyándose despacio en el bastón.

—No me llamo Karina, me llamo Saskia —dijo la niña.

Y el viejo payaso sonrió con tristeza.



## 3

---

**TERESA**

**T**ERESA lanzó la caña de pescar. Así, de espaldas, tal y como la veía Salvador, su figura tenía algo de triste. El viento levantaba su pelo hacia el río y los hombros flacos se inclinaban un poco para delante.

—Anda, ven —le dijo al crío— y siéntate a mi lado.

Salvador se sentó. Miraba el círculo del agua donde se había hundido la caña.

A Teresa le gustaba mucho estar así, esperando, con el río y la caña y su hijo a su lado. Salvador era lo que más quería en el mundo. Ella estaba sola, se había quedado embarazada y su novio se había ido. Entonces se sintió muy triste, pero cuando nació Salvador todo cambió.

Ahora los dos eran felices.

Él era tímido y bueno.

La caña se movió.

Teresa tiró del sedal y un pez plateado saltó por el aire. Le recordó a un trapealista y suspiró.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada. Pensaba en tu abuela.

De la abuela, Salvador no tenía recuerdos, solo una pequeña fotografía en blanco y negro.

—Es por el circo, ¿sabes?

El niño sintió un vaivén en el estómago.

—La última vez que estuve en el circo, tu abuela no paró de llorar.

—¿Por eso no te gustan los circos?

Teresa se quedó callada un rato.

Los dos miraban las piruetas del pez colgado de la caña.

—Tu abuela veía un payaso y se echaba a llorar. Yo siempre le dije que eso era por llevar la contraria, pero parece que me contagió.

Cogió el pez y lo lanzó a la cesta. Intentó parecer alegre:

—Hoy pican, ¿eh?

## 4

**SASKIA**

**SASKIA** corrió a la frutería con la nariz de payaso.

—¡Papá, papá, mira!

El frutero, que había tenido un mal día, dejó la caja de naranjas que llevaba en el suelo y miró a su hija.

—¿Qué haces con esa cosa ridícula en la cara?

—No es ridícula. Es una nariz de payaso.

—¡Quítatela ahora mismo! ¡Y que no te vea nadie con ella!

La niña se paró en seco, desconcertada.

—¡Anda, y deja de hacer payasadas! ¿Por qué no me ayudas con la fruta?

Una naranja rodó por el suelo.

Saskia se guardó la nariz en el bolsillo, miró la naranja y le dio una patada.

Ninguno de los dos vio a aquel anciano que agachaba la cabeza, cerca de ellos.

